

especial para *El Norte*, edición del 10. de noviembre de 1992
Integración forzosa: del
Informe a las elecciones
miguel ángel granados chapa

Por lo menos en las noticias, habrá una integración forzosa entre México y los Estados Unidos. El hecho de que en el breve plazo de cuarenta y ocho horas se realicen eventos de gran importancia en los dos países, acontecimientos en que la influencia recíproca se echa de ver, reúne de manera obligada la referencia al documento presidencial y a los comicios de nuestro vecino del norte.

No se prevé que en la apertura de las sesiones del Congreso mexicano, en su remozado recinto de San Lázaro, se produzcan anuncios espectaculares. Tres circunstancias lo evitan. Por un lado, la convicción del propio Presidente de la República, quien recuerda la marca que dejaron en los ánimos nacionales los posteriores informes de sus antecesores Echeverría y López Portillo. El primero anunció una grave devaluación de la moneda en 1976, y el segundo expropió seis años más tarde, en la misma ocasión, las instituciones bancarias. De allí que haya preferido adelantar algunos de los temas sobresalientes, que hubiera tenido que abordar obligadamente, de suerte que las menciones que haga a esos temas no sobrecojan a los asistentes a la ceremonia.

Esos temas son cuatro. Tres de ellos fueron incluidos por el Ejecutivo federal en un desayuno que ofreció en Los Pinos a los priistas que ejercen cargos gubernamentales o legislativos. Se trata de la elección norteamericana y su vinculación con México, de la política económica que el gobierno aplicará y solicitará en los próximos catorce meses, y de los acontecimientos políticos en Michoacán y San Luis Potosí, y las secuelas que han dejado especialmente entre los miembros del partido oficial. Un cuarto asunto se incorporó a esta agenda el jueves pasado. El Presidente pronunció un enfático, tajante y por lo tanto definitivo rechazo a la reelección presidencial.

Es verdad, acerca de este último punto, que el Presidente Salinas había expresado ya renuencias acentuadas. Pero lo había hecho o en entrevistas acordadas a periodistas extranjeros, y a un órgano de prensa nacional, es decir a través de voceros no necesariamente autorizados, ni necesariamente fieles a sus palabras. También lo había hecho de viva voz en un desayuno semejante al de hace dos semanas, realizado aquel en la víspera del tercer informe, hace un año. Instruyó antes al secretario de Gobernación para que expresara la decisión gubernamental de no iniciar reforma alguna en esa materia.

Con todo, la sombra de que se buscara un nuevo periodo para el Presidente Salinas, o la prórroga del actual, no se



desvanecía. Tan claro fue el fenónemo, que en San Luis (la tierra donde Madero proclamó la síntesis de su programa revolucionario, que incluía la no reelección) se levantó una oleada de protesta contra el hecho de que renunciara a su cargo el gobernador interino en el propósito de convertirse en gobernador elegido. Aunque estrictamente hablando no se podía hablar de reelección, es decir de segunda elección porque no hubo una primera, el sentido de la operación política respectiva apuntaba a ese resultado. Así fue interpretado, y se despertó una agitación local intensa, que se desbordó pronto más allá de los linderos potosinos.

Tan elocuente fue la respuesta de un activo y alerta sector de la ciudadanía, que el gobierno extrajo las conclusiones adecuadas. El ingeniero Gonzalo Martínez Corbalá desistió de su pretensión de ser ungido candidato a la gubernatura que ejerció por un año entero. Y, lo que es más importante, los jefes de las fracciones parlamentarias del PRI en el Congreso federal, convocados por el líder de su partido, expresaron el 16 de octubre su renuncia a presentar o admitir, validas precisamente de su condición hegemónica en las Cámaras, toda tentativa de modificación al artículo 83, el mismo que estipula la imposibilidad plena de que alguien ocupe más de una vez la Presidencia de la República, cualquiera que hubiera sido la causa de su ascenso a esa investidura. Días después, en el desayuno del Preinforme, el Presidente dicen que se refirió en igual sentido al asunto. Pero sólo fueron difundidas las palabras que había preparado, y no las que improvisó al calor de la plática con sus correligionarios, de suerte que no fueron oficialmente recogidas las que dedicó a la reelección.

Acaso por ello, el Presidente mismo, de manera inesperada, retomó el tema ante los legisladores que vinieron a su oficina para avisarle que terminó el receso y comienza el segundo periodo de sesiones de esta legislatura. El Presidente los recibió tras haber hecho montar un escenario adecuado. El salón del encuentro se llama Carranza, es el principal de la casa presidencial y ostenta un cuadro enorme del Presidente que, antes de serlo inspiró la Constitución. Pero esta vez su efigie había quedado oculta por otra, más respetable para muchos de sus contemporáneos, que la del Varón de Cuatro Ciénelas, como llama la retórica oficial al titular de la sala. En vez de él aparecía Madero, cuya aspiración revolucionaria se condensó en el lema ;Sufragio efectivo, no reelección!. El Presidente Salinas lo había, digamos, invocado plásticamente, para hablar de la segunda parte de su fórmula. Con el buen humor que lo caracteriza y comparte espacios de su alma con accesos de furia, Diego Fernández de Cevallos, el jefe de la diputación panista preguntaría después qué hay de la primera parte de la

sentencia, el sufragio efectivo. Pero, en serio, el Presidente revistió su rostro de la adustez que la ocasión merecía, y proclamó, hablando en tercera persona, que el Presidente de la República "no promoverá, ni aceptará ninguna iniciativa que intentara modificar el principio de no reelección".

Si el Presidente se refiere de nuevo al tema en su Informe de hoy, es seguro que se desacatará la regla de que el auditorio no asienta con aplausos a lo dicho por el Ejecutivo. Otras expresiones suyas, en cambio, no obtendrán adhesión unánime. Tal será el caso de dos de los temas adelantados por el propio informante a los priistas, el 21 de octubre. En efecto, el programa económico gubernamental para el próximo año, algunas de cuyas líneas generales se incluyeron en el Pacto, ahora llamado "para la Estabilidad, la Competitividad y el Empleo", provoca opiniones encontradas, por supuesto en el recinto del Congreso, pero también fuera. Si bien se ha anunciado, en otra actitud anticlimática, es decir, para restar crispamientos al día del Informe, que la inversión en obras públicas sufrirá un virtual retroceso, pero en cambio aumentará sensiblemente el gasto social, el saldo final de las previsiones financieras es que parecen importar más los números que las personas. Claro que se argumenta en sentido contrario, con el talante propio de los padres que explican a sus hijos que la disciplina impuesta "es por su bien", que si no se practica la austeridad gubernamental y se comprime la inflación, en realidad se castiga el poder adquisitivo de los asalariados. Estos hallarán difícil entender que su ingresos queden de hecho congelados por abajo del diez por ciento, al mismo tiempo que se avizora un inflación levemente mayor, y mientras se da rienda suelta a las ganancias del puñado de personas que incrementan sus caudales especulando en el mercado bursatil.

Priistas y militantes de la oposición pueden disentir del Presidente en lo que hace a sus previsiones políticas. De hecho, les parece que, al contrario de lo expresado por Salinas, hay impericia en el manejo de situaciones conflictivas, cuya solución se retrasa con lo que resulta pagándose un costo mayor por algo que pudo destribarse con anterioridad y con menos desgaste para todos. Si de veras se ignoraba lo que iba a pasar con la candidatura de Eduardo Villaseñor en Michoacán, y con el atropellado proceso electoral que lo ungíó gobernador. Y si de verdad no se adivinó la reacción pública ante el anuncio de la renuncia y protesta como candidato de Martínez Corbalá, eso es revelador de crasa desinformación. Pero si se poseía conciencia de los desenlaces respectivos, y se les demoró lastimosamente, estariamos entonces ante insensibilidades incmprensibles. Uno

—4—

y otro extremos conducen al diagnóstico de ineptitud en quienes aconsejan en estas materias al Presidente.

El tercer tema anticipado por el Presidente el 21 de octubre fue la relación con los Estados Unidos, en los años de su administración y en la coyuntura electoral. Es realmente una infortunada coincidencia el que Salinas deba rendir su cuarto informe dos días antes de que concluya, en los Estados Unidos, un proceso electoral del que pueden derivarse consecuencias de gran importancia para México. La verdadera imposibilidad de formular un pronóstico riguroso, impedirá al Presidente tomar posición, en su informe, sobre las consecuencias de la decisión electoral. Y de su índole dependerán muchas variables de la política mexicana, y del futuro económico nacional.

Nunca como ahora los comicios norteamericanos suscitaron tanta cobertura informativa en México, ni tanto interés entre los ciudadanos. Es que, en cierto sentido, la integración se nos viene encima, y apreciamos lo que ocurre más allá de nuestra frontera con interés propio, y ya no como ajenos a esa realidad. Así sería aun si no estuviera en curso, y en un momento especialmente crítico, el proceso para arribar a un tratado de libre comercio. Pero como ese fenómeno está en desarrollo, nuestra atención en la contienda electoral se ha acentuado, pues de lo que resulte de ella pueden desprenderse consecuencias para nuestro país.

Puede darse por eliminada la posibilidad de que triunfe el señor Perot, por lo que cabe imaginar las consecuencias de que el señor Bush se mantenga en la Casa Blanca, o de que lo reemplace el ahora gobernador de Arkansas. Las indicaciones más claras, hasta ahora, otorgan una ventaja al candidato demócrata. Ese será, quizá el futuro que nos espera.

El señor Bush pondría con todo entusiasmo su firma en el documento, en diciembre próximo, y trabajaría para obtener el apoyo de los congresistas demócratas, lo que muy probablemente obtendría. Si triunfa Clinton, es probable que solicite a Bush abstenerse de firmar el tratado (aunque tenga derecho formal para hacerlo), teniendo en cuenta que será el demócrata el que se haga cargo de las consecuencias. Y entonces Clinton puede reconocer que se ha negociado con un Estado y no con una administración, o proponer tales matices, enmiendas o adiciones (así sea por una vía colateral) al tratado, que de hecho haya que renegociarlo.

Por añadidura, el gobierno mexicano se entusiasmó demasiado con las posibilidades electorales del señor Bush, y ostensible e innecesariamente apostó en su favor. Esa inclinación puede resultar un estorbo a la hora de sentarse de nuevo a conversar con el nuevo gobierno, si hay nuevo huésped en la Casa Blanca a partir de enero próximo, como parece posible.